

## RETRATO DE UN DOCENTE HETERODOXO

Fran es uno de esos hombres que siempre andan con una pregunta en lo alto de la cabeza. En vez de corona, y como buen laico, él porta interrogantes en su cerebro de hombre sentimental, como si fueran lucecitas que lo van guiando por los senderos de las discrepancias.

Fran es uno de esos hombres empeñados en no renunciar a la utopía, a la capacidad de asombrarse, a la libertad, pero también al dolor, que a veces conlleva ser consciente de la realidad que nos ha tocado vivir. Porque Fran, como Federico Luppi en una bellísima película de Adolfo Aristarain, es un profesor que no ha renunciado a enseñarles a sus alumnos y a sus alumnas el dolor de la lucidez. A mostrarles que la materia prima del Derecho es la vida y que, por tanto, estudiar el Derecho es estudiar el ser humano, sus pasiones, sus miserias, sus dudas y sus alegrías. Por eso Fran no es un jurista ortodoxo, es decir, no es un jurista dogmático, aburrido, soberbio ni complaciente con el poder.

Fran pertenece al bendito club de los heterodoxos. Esta militancia le pasa factura todos los días en contextos en los que parece premiarse a mediocridad y no la excelencia, y en los que la envidia – la malsana, que es la única que existe – es como un tumor que corroe las almas de los que en vez de dudas llevan birretes en sus cabezas.

Fran siempre ha sido, y lo continúa siendo, un corredor de fondo. Sus versos, y también sus manuales, saben mucho de zapatillas de deporte y de ese sudor que hace que los ojos no adivinen bien la meta. La vida, puñetera vida, ha sabido curtir en él una musculatura que, para desgracia de sus enemigos, le permite resistir tempestades y medir la espera con versos y canciones.

Fran es, como yo hace ya algunos años escribí de él, un hombre *esperanzado*. Forjado en las palabras que a veces hieren como puñales y otras acarician como un antídoto contra la melancolía. Satisfecho de estar en la cofradía de los “indignados” y no en la de los “indignos”.

En fin, Francisco Alemán, siempre Fran, es un marinero que busca, encima de una hoja arrastrada por el viento, la isla mágica en la que un día se reencontrará con San Borondón y, como buenos ácratas, brindarán por un mundo en el que si no es posible eliminar las reglas sí que consigamos que estén hechas para servir a los hombres y no para disfrazar los excesos del poderoso.

Atrévase a subirse en esa hoja y a descubrir, entre páginas y versos, la biografía de este poeta que un día descubrió que la inmortalidad sólo puede residir en la belleza....

Octavio Salazar Benítez  
Córdoba, 30 de abril de 2009